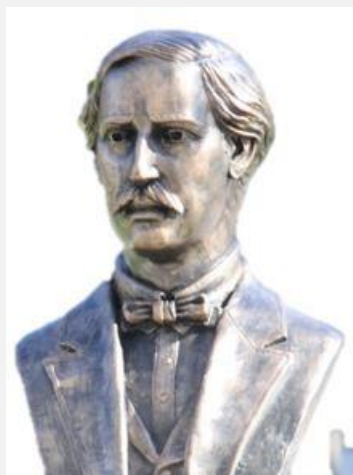


PALABRAS DEL EMBAJADOR MIGUEL ÁNGEL PRESTOL EN LA OFRENDA FLORAL Y ACTO DE HOMENAJE A LA MEMORIA DE JUAN PABLO DUARTE, CON MOTIVO DEL 209 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DEL PADRE DE LA PATRIA

Señores:



Con suprema reverencia cívica concurrimos hoy todos cuantos integramos la embajada de la República Dominicana en Portugal, junto a representantes de la diáspora en la nación lusa, para depositar al pie del busto de Juan Pablo Duarte, dignamente erigido en esta ciudad de Lisboa, una ofrenda de flores con la que rendimos al Padre de la Patria un homenaje de profundo respeto a su memoria y de reconocimiento póstumo, en la ocasión del 209 aniversario de su nacimiento.

El 26 de enero de 1813, en los días inciertos del denominado período de la “España Boba”, vino al mundo en la vieja y amurallada ciudad de Santo Domingo de Guzmán, el que encarnaría una de las más genuinas expresiones universales del amor a la Patria y de consecuente entrega absoluta a la lucha por la construcción de una entidad nacional autónoma, exenta de todo extraño lastre.

Acaso más de una vez haya saltado a reflexión la cuestión de saber si ha sido Duarte justamente valorado, como lo ha merecido, con unánime convicción de la pureza de su ingente obra patriótica. Probablemente no haya primado siempre la debida objetividad en la ponderación de la personalidad del patricio por una cierta arbitraria corriente de pensamiento entre aquellos que se dan a interpretar los acaecimientos de nuestra vida pretérita. A ratos se ha corrido en la audacia de ver a Duarte, aunque de espíritu levantado, como un calmo idealista. Patriota sí, pero distante de la acción... Y nada más injusto.

No era precisamente un soñador entregado a cantar a la inspiradora belleza de los reflejos crepusculares en el horizonte marino, el joven que retorna de Europa en 1831 con los ojos abiertos a la modelación de su conciencia patriótica. Los años de 1835 a 1837 son testimonio inequívoco del espíritu resuelto del patricio. Ellos encuentran a este hijo del comerciante español, don Juan José Duarte, y de la seibana, doña Manuela Díez Jiménez, vinculado a una activa labor de agitación y propaganda junto a su amigo José María Serra, contra el régimen imperante desde 1822. Sin medir los riesgos, se le ve allí en la distribución furtiva de propaganda contra la represión haitiana, mientras recorre los campos del Sur (San Cristóbal, Baní, Azua).

Reparemos en que cuando Duarte regresa a su lar nativo es un joven de apenas 18 años de edad. Hacía nueve años que los haitianos, con Jean Pierre Boyer a la cabeza, estaban dados a aplicar la obstinada idea, preconizada por Toussaint y Desalines de que la isla era “una e indivisible”, criterio que pudo verse de antemano estimulado acaso por la consabida precedencia de la cesión de España a Francia de la parte española de la isla a resultas del Tratado de Basilea de 1795, y tal vez, asimismo, animado por el argumento de que los revolucionarios haitianos habían “aniquilado” a las tropas napoleónicas del general Leclerc, sin mención, desde luego, del imprevisto aliado fáctico que constituyó la fiebre amarilla.

Pero el espíritu de acción del patricio, señores, no se detendría allí, habiendo Duarte captado en la mocedad la orientación diferente de los planteos liberales cursantes en naciones europeas, tales como Francia, España e Inglaterra. De ahí que no tardara en asirse a la convicción de que urgía una estrategia capaz de catapultar el proyecto separatista. Es así que no tarda en la formación de una sociedad secreta a la que llamaría La Trinitaria que el 16 de enero de 1838 ganaría concreción, con el compromiso asumido junto a ocho de sus también jóvenes amigos.

Juan Pablo Duarte no perdía de vista el rígido estilo de absolutismo de la ocupación que echó por tierra la precedente fórmula de autonomía no suficientemente definida del Dr. José Núñez de Cáceres para la creación de un denominado Estado Independiente de Haití-Español, sujeto a una contingente atención de Bolívar y a un aleatorio padrinazgo de la Gran Colombia.

En cambio, el líder trinitario se afirmó siempre en el criterio de que el concepto de nación difería sustancialmente en ambos lados de la isla, en los elementos propios de hábitos derivados de origen y cultura. Todo ello, pese a su admiración por un pueblo como el de los antiguos esclavos oprimidos por la bota francesa, que supo enfrentarse contra fuerzas “infinitamente superiores”. Convencido estaba de que no era posible una fusión.

La lucha de Duarte y los trinitarios duartistas por el nacimiento de una República independiente, libre y soberana, entrañaba, sin duda, retos intrincados. El valladar no lo constituía solamente el estado de cosas imperante. A la proclamación del proyecto República Dominicana se anticipaba la naturaleza variopinta de los movimientos separatistas en lo tocante a la supervivencia de un estado soberano al lado de la República de Haití. Por tanto, había que enfrentar a hispanófilos, afrancesados y pro-ingleses, entre tales los que acariciaban la descabellada idea de colocar como objeto de negocio la bahía de Samaná.

De ahí que la consagración de Duarte y sus compañeros a la causa

dominicanista no se redujera a la labor conspirativa producto de estrategias orientadas a crear conciencia en favor de la liberación y la autarquía políticas, apelando incluso a recursos simbólicos como los de las representaciones teatrales y las iniciativas simuladas a cargo de otras células importantes como “La Dramática” y “La Filantrópica”.

La otra fase del camino de espinas que esperaba al patricio sobrevino después de la proclamación del 27 de febrero de 1844, cuando nacía la República Dominicana. Duarte se hallaba exiliado en Saint Thomas, a causa de la inmisericorde persecución de las fuerzas de Charles Herard. La corriente conservadora, infiltrada en una espuria Junta Central Gubernativa, presidida por Tomás Bobadilla, prosiguió embistiendo sin pausa a los patriotas.

Las diferencias con Santana después, respecto de la estrategia militar para enfrentar la resistencia haitiana, son las del General Juan Pablo Duarte y su carácter, el mismo ante quien no tardarían en proyectarse las miradas oblicuas y las malas artes de la corriente conservadora, hasta el extremo de paradójicamente declararlo, junto a Matías Ramón Mella y otros patriotas, “traidores e infieles a la patria”, con la inconcebible determinación de su destierro a perpetuidad.

La descripción del propósito y el efecto de semejante iniquidad podemos encuadrarla en la carta del patricio a Félix María del Monte, fechada a 2 de mayo de 1865, cuando, dirigiéndose a aquellos a quienes tachó con el neologismo de “orcopolitas” o ciudadanos de infierno, les dice: “Contristan el corazón del bueno y pretenden trastornar el juicio del pueblo, con sus planes proditorios y liberticidas para que éste despedace a sus más fieles servidores y bañarse con ellos, ¡infames!, en la sangre de las víctimas, gozándose en el infortunio de la patria”.

Con toda franqueza y energía se adelantó Duarte a sentenciar lo que ha sido una constante en nuestro devenir histórico. En su carta de 1865 al gobierno de la Restauración es categórico cuando expresa: “En Santo Domingo no hay más que un pueblo que se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera, y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esta ley, contra este querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos adueñarse de la situación de un modo distinto a como es en realidad. Esa fracción, o mejor dicho, esa facción, ha sido, es y será siempre todo menos dominicana”.

Señores, queridos compatriotas que nos honran hoy con su presencia en este solemne acto, desafiando los rigores de un crudo invierno, asumamos la inmovible convicción de que Juan Pablo Duarte es la cifra más alta del origen y concreción del grito del 27 de febrero de 1844, esto es, del nacimiento

de la República Dominicana.

Loor a la memoria veneranda del Padre de la Patria.

Muchas gracias,

Lisboa, República Portuguesa, 26/01/2022



**Embajada de la República Dominicana
en Portugal**
